

D20

S4

v. 2

MANUEL RODRIGUEZ EDITOR

# HISTORIA UNIVERSAL

RESBITA 7 CONTINUADA HASTA NUESTROS DIAS

DESBAR CANTU

Esta obra es propiedad de don Manuel Rodriguez, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

p. Nicolas M. Ferrano



Establecimiento tipográfico de Muñoz y Reig. Cuesta de Ramon. 3

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

# HISTORIA UNIVERSAL

## EPOCA SEGUNDA

DESDE EL DILUVIO HASTA LAS OLIMPIADAS

Años a. de J. C. 2348 á 776.—Años de la Creacion, 1656 á 3228.

## LIBRO CUARTO

LOS PATRIARCAS Y EL PUEBLO DE DIOS

### CAPITULO I

Aplicacion del sentido del libro de Job á la filosofía de la Historia. — Job, patriarca de Iudaea. — Providencia de Dios sobre los pueblos extraños á Israel. — Lo que era Job. — Su época. — Sus bienes puestos á discrecion de Satanás. — Sus desgracias y su resignacion. — Su persona puesta á discrecion de Satanás. — Sus sufrimientos y su resignacion. — Visitanle tres reyes amigos suyos. — Job maldice el día de su nacimiento. — Vituperios de Eliphaz. — Respuesta de Job. — Vituperios de Baldad. — Respuesta, humildad y súplica de Job.

La filosofía de la Historia, tal como queda expuesta en nuestros estudios preliminares (1), halla al presente, en la maravillosa narracion que sigue, una solemne comprobacion de la verdad católica. Nieguen y ridiculicen Renan y otros racionalistas más ó menos explicitos ó vergonzantes las bellas y sublimes tradiciones que la ciencia católica venera y la sábia crítica afirma y comprueba, que apenas si sus ecos llegarán á sonar en la hora postrera del siglo que corremos.

La sábia y altísima Providencia vela y guia los pasos de la humanidad, libre en su carrera, por caminos sólo al infinito pensamiento conocidos, abatiendo unas veces y levantando otras los destinos de los pueblos; ni los justos en me-

dio de inmensos cataclismos, ni los rebeldes en abundante prosperidad, pueden burlar aquella justa providencia; todo, así el castigo como el premio, así el dolor como la felicidad y la aventura, van encaminados al logro de la felicidad de los imperios y naciones, y al cumplimiento de los planes providenciales de Dios en la Historia.

Hé aquí, en concreto, el gran pensamiento de la doctrina santa y revelada; hé aquí el eco venerando de los profetas; hé aquí el testimonio de las enseñanzas de San Agustin y Bossuet; hé aquí el lema de la escuela histórico-católica.

¿Dónde leéis, sábios del infecundo racionalismo, en esta teoría, palabras de inconsciente fatalismo? ¿Hay algo en la Historia más grande para la dignidad humana, y más racional y adecuado á la alteza divina, que esta sencilla expresion de nuestra filosofía de la Historia?

(1) Tomo I, pág. 30.

006310





A la larga del desenvolvimiento histórico, en todos los momentos de la existencia de la humanidad, ya propicios, ya adversos, el pensamiento filosófico católico, inmóvil como la roca y seguro como sus cimientos, ni cambia, ni oscila, ni se muda; siempre la mirada augusta de la Providencia dirige los destinos de la vida, y siempre el hombre racional y libre cumple su misión individual y social.

Bien podríamos aquí preguntarnos, una vez sabido lo que la escuela católica cree: y vosotros, racionalistas de todos los matices, ¿podréis decirnos lo que creéis? ¿podréis decirnos cómo explican vuestras escuelas los destinos de los pueblos?

Noche oscura y eterna es en verdad la Historia, vista fuera de estos luminosos y clarísimos horizontes que irradia el sol de la verdad católica; ni las luchas de los antiguos imperios, ni Grecia, ni Roma, ni los bárbaros, ni la edad media, ni la reforma, ni las revoluciones, tienen llana y fácil interpretación fuera de estos altísimos, racionales y maravillosos dogmas.

Por do quiera que el sano y reflexivo entendimiento católico atienda é indague el por qué de los destinos humanos, hay algo en la Historia que responde por las teorías. Ofrécesenos en el ingreso de este segundo tomo, y en la continuación de la *Epoca segunda, libro IV*, en cuyo estudio nos ocupamos, una historia notabilísima, cuyo argumento es de inmenso valor para aplicarlo á la vida social y á la indagación del destino de los reinos y naciones.

Oigamos á este propósito el genio de nuestro inmortal maestro fray Luis de Leon, timbre glorioso de la antigua Universidad de Salamanca y ornamento de la literatura española, sobre el libro de Job, á que nos referimos: ciertamente pocos habrá que no traduzcan y apliquen con recto y bien intencionado sentido las palabras de aquel varón, á los destinos de los pueblos (1).

(1) A las impugnaciones de Renan y otros orientalistas al libro de Job, puede la ciencia católica española oponer, á más de la hermosa traducción y defensa del maestro fray Luis de Leon y otros escritores, la que verá (Dios mediante) la luz pública, original de D. Francisco Caminero, digno continuador de la gloriosa pléyade de escriturarios españoles.

Dice así el maestro fray Luis de Leon en su preciosa dedicatoria del libro de Job, á una alma llena de pureza y virtudes:

«Todos padecen grandes trabajos, porque el padecer es debido á la culpa, y todos nacen en ella; pero no los padecen todos de la misma manera, porque los malos á su pesar y sin fruto, y los buenos con utilidad y provecho. Y de los buenos, unos con paciencia y otros con gozo y alegría, que es propio efecto de la gracia del Evangelio, de que San Pablo dice en su persona: «Ya nos gozamos en las tribulaciones.» De estos sois vos y los demás de su orden, que descansan cuando padecen, por mostrar lo que aman. Que el amor de Cristo que arde en sus almas, mostrándose descansa y padeciendo se muestra. Y así, padecen con gozo, y si no padecen, tienen hambre de padecer, y la descubren siempre que pueden y en todo lo que pueden. Y de ella nace agora mandarme vuestra reverencia le declare el libro de los sucesos y razonamientos de Job; que como los valientes soldados gustan de conocer los hechos hazañosos de los que lo fueron, así vuestra reverencia, en esta milicia de paciencia que profesa, desea reconocer este ejemplo excelente, que tal es el de Job, como por su escritura parece. La cual escritura es útil de muchas maneras; porque no es solo historia, sino doctrina y profecía; porque además de que nos cuenta los azotes de Job y su paciencia, también nos compone las costumbres y nos profetiza algunos misterios venideros, y esto en verso y en forma de diálogo, porque más se guste y mejor se imprima. Verdad es que el estilo poético y la mucha antigüedad de la lengua y del libro le hacen muy oscuro en no pocos lugares; mas esta oscuridad vencerá con sus oraciones vuestra reverencia, que obligada es á favorecerme con ellas, pues pone este peso en mis hombros. En que hago tres cosas: una, traslado el texto del libro por sus palabras, conservando cuanto es posible en ellas el sentido latino y el aire hebreo, que tiene su cierta majestad; otra, declaro en cada capítulo más extendidamente lo que se dice; la tercera, póngole en verso, imitando muchos santos y antiguos que en otros libros sagrados lo hicieron, y pretendiendo por esta ma-



nera aficionar algunos al conocimiento de la Sagrada Escritura, en que mucha parte de nuestro bien consiste, á lo que yo juzgo. Pues así como no sabemos con certidumbre el autor de este libro, que unos dicen que Moisés, y otros que antes de Moisés, así vuestra reverencia ha de tener por sin duda que es libro sagrado y canónico. En el cual el Espíritu-Santo nos cuenta, lo primero la virtud y prosperidad de Job; lo segundo, su azote; y lo tercero, las razones que pasó con unos compañeros suyos, que viniendo á consolarle, se pusieron á reprehenderle, que es la mayor dificultad que en él hay; porque muchas veces parece que Job y sus compañeros dicen lo mismo, siendo los intentos contrarios.

»Para cuyo entendimiento, advertimos que Job, querellándose, dió á entender que padecía sin culpa; de que, ofendidos sus compañeros, porfian que se engaña y que es pecador. Y pruébanlo así: «Dios es justo; luego castiga á solo los pecadores. Tú eres castigado de Dios; luego eres pecador.» Y sobre este argumento, como sobre quicio, se rodea todo lo que dicen los primeros tres compañeros. Y en lo que más se detienen, es en probar: lo primero, que es la justicia de Dios, que á la verdad es lo más cierto y lo más necesitado de prueba; mas insisten en ello, porque, á su parecer, lo demás nace de allí por fuerza de consecuencia. Y pruébanlo con hacer claro por diversas maneras que Dios es bueno, y sabio, y poderoso, diciendo grandezas de la bondad de Dios y de su saber y poder; porque el ser injusto uno siempre le viene, ó de saber poco, ó de poder menos, ó de ser mal inclinado; que, como se sabe, las fuentes de todo lo malo son, ó flaqueza, ó ignorancia, ó malicia. A esto responde Job, y en lo que responde, confésales esta primera parte, que toca á la justicia de Dios; y no sólo la confiesa, mas él también la prueba y se extiende en decir maravillas de estos divinos atributos. Pero niégales lo que de ellos coligen, y persevera en defender su inocencia, y les prueba que no son pecadores todos los que Dios en esta vida castiga. En que, en suma, afirma dos cosas: una, «No siempre castiga Dios en esta vida á los pecadores, ni son pecadores todos los que

Dios en ella affige;» otra, «Yo no he pecado de manera que merezca el mal que padezco.» Y cuando afirma esto último, agobiado del dolor y de la porfía de los que sin razón le condenan, parece alguna vez que excede en palabras, volviéndose á Dios y pidiéndole que le ponga con él á juicio, y averigüe aqueste azote con él. Por lo cual, á lo último sale Eliú, el cuarto de los amigos, y no aprobando las razones de los primeros, condena á Job por otra razón nueva, diciendo que á lo menos peca en ponerse con Dios á juicio. Y así, lo que pretende es probar, no que fué pecador, sino que se debe Job sujetar á Dios y callar, y tener por bueno lo que hace. Y pruébalo de aquesta manera: «Las obras de Dios, y lo que pretende en lo que hace, no lo puede saber el hombre; luego debe con paciencia juzgar bien de lo que Dios hace, y no pedirle razón de ello.» La primera de estas dos cosas, de que la segunda necesariamente se sigue, pudo Eliú probarla con ejemplos palpables de las cosas que Dios hace y no las entendemos los hombres; mas no lo prueba por esta vía, antes multiplicando razones impertinentes, la oscurece y confunde. Y así Eliú no erró en lo principal de su intento y en lo que probar pretendía, sino en no acertar á probarlo. Por donde Dios al fin se descubre, y lo primero, reprehende á Eliú de que una cosa tan clara como es no penetrar el hombre las obras y los juicios de Dios, no supo probarla; y lo segundo, vuelto á Job, le prueba con razones claras lo que confundía á Eliú con palabras oscuras. Y así, el intento de Dios es el mismo de Eliú, persuadir á Job que tenga por bueno lo que hace con él, y no quiera saber por qué causa lo hace, ni pedirle cuenta y razón. Y arguye, como Eliú arguía: «El hombre no puede alcanzar las obras de Dios ni sus fines; luego debe con paciencia juzgar bien de lo que Dios hace, y no pedirle cuenta.» Y lo primero desto, prueba Dios en su discurso por manifiesta manera, haciendo alarde muchas cosas que tenemos entre las manos, que las hace él, y el hombre aunque las ve no las entiende, como con las obras naturales y ordinarias. De donde necesariamente concluye que, si no conocemos lo ordinario que él hace, mucho menos podremos alcanzar lo extraor-





dinario y los fines secretos que en ello sigue. Job reconoce su exceso luego, y humillase. Y Dios, que sabia su sencillez y bondad, y que habia defendido con verdad su inocencia, no se enoja con él, y enójase con sus tres amigos, porque hablaron mal en tres cosas: una, que impusieron á Job que era malo; otra, que afirmaron que Dios no acusa aquí sino á sólo los malos; la tercera, que destas dos mentiras quisieron sacar defensa de la justicia divina. Como si Dios no pudiera quedar por justo, si quedaba Dios por bueno, ó si no se valiera de apoyos tan flacos y tan falsos. Esto, pues, bien entendido, en las oscuridades de este libro dará mucha luz.

Hé aquí el argumento segun se halla en un códice, en que están recogidos los capítulos de Job, en tercetos, de letra del maestro fray Luis de Leon: «Job, natural de Hus, provincia vecina á Idumea y Arabia, entre ajena de Dios, gran siervo suyo, y de los bienes de la vida abastado, cercado de hijos y rico de ganados y de familia, y por estas causas en su pueblo y en los comarcasos señalado y temido, para mayor bien suyo y para ejemplo de virtud á los venideros, es entregado de Dios al demonio á petición suya, no para que le mate, sino para que le tiente y azote. Quitale la hacienda, mátales los hijos, llégale fea y cruelmente en el cuerpo, y tráele á tanto desprecio, que su misma mujer le baldona y le persuade á que se mate á sí mismo. Pues estando así lleno de miseria, y armado de paciencia, y sentado en un muladar, visítanle cuatro hombres principales y sábios de aquella tierra, y grandes sus amigos. Con los cuales, despues de un largo silencio que causó en él el dolor, con la vista de los amigos renovado, y en ellos el espanto de una mudanza de fortuna tan grande, al fin, comenzando él y respondiendo ellos, trábase entre todos un largo y reñido razonamiento. Que en sustancia, de parte de los amigos, es decir que Dios, como justo que es, siempre á los malos pecadores en esta vida los castiga con miserables sucesos, y que así le castigaba á él como á gran pecador; y de parte de Job es defender que Dios, ni castiga siempre, ni á solos los malos en esta vida, ni él lo era enton-

ces por ser pecador y malo. Sobre lo cual, así por la una como por la otra parte, se dicen razones altísimas, llenas de artificio y de dulzura en las palabras y en las sentencias, preñadas de grandes misterios. Píntanse las condiciones de los hombres malvados, el ingenio de los buenos y justos; engrandécese por extrañas maneras la grandeza del poder de Dios y de su saber; dícese de su grande bondad y justicia; profetízase su venida al mundo, la resurreccion de la carne, el juicio último, con otras cosas de grande cualidad y provecho. Y al fin de todo sobreviene Dios, y habla con Job con forma sensible, y enséñale que, pues es hombre, no se ponga con Dios en cuentas ni quiera apear sus juicios. Y despues, vuelto á los amigos de él, díceles que no han acertado en sus razones, y que han affigido sin causa á su amigo, y mándales que se le humillen y le pidan que le ruegue por ellos, y que rogándose-lo Job, los perdonará. Hácese así, y Dios sana á Job y restitúyete á su estado primero con mayor prosperidad que al principio.»

Veamos ahora más extensamente esta notable y maravillosa historia del glorioso siervo de Dios, el patriarca de Idumea.

Tomando á la posteridad de Job para su pueblo de predileccion, Dios no ha abandonado á los demás pueblos; para la salvacion de todos ellos, escogerá uno, que será el depositario de su ley y de sus oráculos, que será en todo el Universo una prueba viviente de su providencia y de su justicia (1). En esta nacion es en la que serán benditas todas las naciones de la tierra. Entre tanto, los pueblos que parecian más abandonados, Dios no los abandona sin embargo. ¿Qué hay en apariencia más reprobado que la raza maldita de Canaan? Y no obstante, hemos visto elevarse en medio de ella á un personaje tan grande como Abraham, un rey de justicia y de paz, un pontífice del Altísimo, figura profética, por su nombre, sus actos y su historia, del Pontífice eterno, del Hijo de Dios. Del mismo modo, Ismael, padre de los árabes, es arrojado de la casa de su padre; pero con el recuerdo de la fe de Abraham, lle-

(1) Rorbacher, t. I, pág. 273.



va á los desiertos una promesa divina para él y para toda su raza. En fin, Esaú pierde por su falta la herencia paterna de las promesas y de las bendiciones; y no obstante, vamos á ver entre sus descendientes á un patriarca y profeta, que será una profecía muy semejante de Cristo, en sus sufrimientos y en su resurreccion.

Hácia el tiempo en que murió en Egipto José, hijo de Jacob, vivia un hombre en la tierra de Hus; su nombre era Job: sencillo, recto, temeroso de Dios, y que se apartaba del mal. Nacióronle siete hijos y tres hijas. Su hacienda consistia en siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y un crecido número de domésticos y de siervos para su servicio y para la labranza. De manera, que era reputado por el más grande y opulento de todo el Oriente.

Sus hijos tenian la costumbre de ir turnando por dias, y celebrar cada uno su convite en su casa, al que convidaban á sus tres hermanas para comer y beber con ellas. Y cuando se acababa este turno de convites, enviaba Job á llamarlos y los exhortaba á que se purificasen y preparasen para asistir á los holocaustos, que, levantándose muy de mañana, ofrecia por cada uno de ellos; porque decia: «¿Quién sabe si mis hijos habrán ofendido á Dios de algun modo en el calor del banquete?» Y Job repetia esto siempre que celebraban estos convites (1).

¡Qué adorable familia! ¡qué union en los hijos! Y en el padre, ¡qué tierna solicitud! ¡qué admirable piedad!

En un antiquísimo fragmento, que está á continuacion del libro de Job en el griego, en el árabe y en la antigua *Vulgata*, se dice que Job habitaba en la tierra de Ausitides, sobre los confines de la Idumea y de la Arabia. Su nombre era desde luego Jobab. Tomó una mujer de Arabia, de la cual tuvo un hijo llamado Ennon. Su padre fué Zaré, uno de los descendientes de Esaú, y su madre Bosorrha; de suerte, que era el quinto descendiente de Abraham. Hé aquí los reyes que reinaron en Edom, region en la cual él mismo fué príncipe. El

primero fué Balac, hijo de Beor, y su ciudad se llama Deunaba; despues de Balac fué Jobab, que también es llamado Job; despues de él vino Asom, jefe de la region themanítica; despues de este fué Adad, hijo de Barad, que derrotó á los madianitas en el llano de Moab; el nombre de su ciudad era Gethaim. Los amigos de Job que vinieron á verle, fueron Elifaz, uno de los descendientes de Esaú, rey de los themanianos; Baldad, soberano de los sancheanos, y Sofar, rey de los mineanos.

Este fragmento, recomendable por su antigüedad y el comun sentir de los Padres y de los intérpretes, establece suficientemente á nuestra vista el tiempo en que vivió Job y su descendencia de Esaú. *Hus*, en hebreo *Uts*, en griego *Os*, es el nombre de un antiguo príncipe de Seir, de quien tomaria su nombre la tierra de Hus ó Ausitides, la tierra donde más tarde habitó Job. Pero volvamos á la historia de este patriarca, que el apóstol Santiago nos propone por modelo (1).

Un dia en que comparecieron delante del Señor los santos ángeles, se presentó también entre ellos Satanás. Y dijole el Señor: «¿De dónde vendrás tú?» Él respondió: «Señor, vengo de dar vuelta á la tierra y de recorrerla toda entera.» «¿Te has puesto á considerar, le replicó el Señor, á mi siervo Job, que no tiene semejante sobre la tierra, varon sencillo y recto, temeroso de Dios, y que se aparta de toda sombra de mal?» Y Satanás respondió al Señor: «¿Acaso Job teme á Dios gratuitamente? ¿no le has pertrechado y guarnecido por todas partes en su persona y en su hacienda, de manera que le has prosperado en todo aquello en que pone la mano, y sus posesiones no han ido siempre en aumento? Mas extiende algun tanto sobre él tu mano, y tócale á todo lo que posee, y verás como te maldice y blasfema.» El Eterno dijo entonces á Satanás: «Mira, á tu disposicion está todo cuanto posee; pero cuidado con que extiendas tu mano contra él (2).»

El Señor aparece aquí como el rey sobre su trono. Los ministros de su providencia vienen

(1) Jacob, 5, 11.

(2) Ibid., 1.

(1) Job, 1.